

CHICA CÓSMICA

ROBERTO CARRASCO



EDITORIAL PEZSAPO

COLECCIÓN RÍO



hola@pezsapo.com

www.pezsapo.com

En Facebook: www.facebook.com/pezsapoeditores

En Twitter: [@pezsapoeditores](https://twitter.com/pezsapoeditores)

Editoras:

Inmaculada Puche Romero.

Victoria Irene Borrás Puche

Ilustración de la cubierta: Victoria Irene Borrás Puche

Fotografía del autor: Martha R. Barilari.

Composición y maquetación: peZsapo.

© 2017, Roberto Carrasco

© 2017 de la presente edición: peZsapo.

Todos los derechos están reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del *copyright*.

Primera edición: abril, 2017

ISBN: 978-84-944672-5-7

D. L.: J 159-2017

Impreso en España

*Each...
Will be barren of ancestral memory
But each endowed richly with such emptiness
From which to dream, surmise, invent, immortalise.*

David Dabydeen,
Turner: New and Selected Poems (1994)

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO: LA CIUDAD HECHA CENIZAS

La tía abuela Elvira sirve el café. Mi padre lo prueba y, por su gesto, sé que no le ha gustado. Papá es un experto cafetero, no hay nada que lo haga más feliz, y en este momento está muy disgustado. Es lo que le faltaba, además de lo mío, un mal café.

—Es achicoria —dice la tía abuela, dejando que una amable sonrisa marque cada arruga de su rostro—. El médico me ha quitado el café, por la tensión; por lo demás, estoy sana como una chiquilla.

—Y guapísima, tita —añade mi madre—. Cada día estás más joven.

—Eso es de trabajar, que el trabajo la mantiene joven a una. Y otra cosa no, pero el campo es lo que tiene: mucho trabajo. Ya verás cómo va a cambiar la criatura —dice como si yo no estuviera aquí.

—Eso espero, ahora no vas a tener tiempo para discotecas ni tonterías —murmura mi padre.

—Cristina, espero que hagas caso de todo lo que te

diga la tía Elvira —dice mi madre, poniéndome la mano sobre la rodilla. Se la aparto con un acto reflejo, no me gusta que me toquen, ni ella ni nadie. Tampoco me gusta que me llame por ese nombre.

—Arcadia.

—¿Cómo? —pregunta la tía Elvira extrañada, dejando su taza de achicoria sobre la mesa.

—Ni caso, tita, es que ahora le ha dado por ahí.

—Que me llamo Arcadia, no Cristina. Arcadia —digo en voz baja, casi imperceptible.

—¿Qué es eso de Arca...? ¿Cómo ha dicho? ¡Ay, cómo es la juventud!

—Arcadia. ¡Que me llaméis Arcadia!

Alzo la voz, me pongo en pie y de un manotazo tiro las tazas de café, o de achicoria, lo que sea, y al ver como el oscuro líquido empapa el blanco mantel que con tanto cariño ha puesto la tía Elvira para recibirnos e invitarnos a merendar, al ver como éste chorrea por la mesa y cae al suelo en una catarata tibia y dulzona, no puedo evitar echarme a llorar. Aprieto los puños con ganas de golpear a alguien, al más débil, a mi madre, a la tía, quizás a mi padre que tras su seca mirada está muerto de miedo. Pero no quiero hacer daño a nadie, no quiero, y por eso sigo gritando y llorando y golpeando la mesa una y otra y otra vez mientras delecto mi nombre: «A, erre, ce, a, de, i, a. Arcadia. Arcadia. ¡Arcadia!».

Seguramente, siguiendo el consejo de algún psicólogo o de algún libro de pedagogía que han comprado en el *híper*, mis padres se van sin ni siquiera despedirse de mí. Me dejan llorando sobre la que, a partir de ahora, va a ser la cama en la que duerma cada noche. Huele a señora mayor, a colonia añeja. Asqueada por este pensamiento,

dejo de llorar. El corazón comienza a latir menos acelerado. Me siento al borde del colchón, siento que me hundo en él y deseo que me trague y desaparecer.

—¿Abuelo? —pregunto.

Y entonces, con su ya familiar figura de humo y sombras, aparece ante mí.

—Abuelo, menos mal que estás aquí. Me voy a volver loca. Quieren que me quede un año... ¡Un año! —le digo.

—Es que la has liado bien liada, Pizquita.

—Te juro que yo no me drogo —murmuro entre dientes, para no hacer mucho ruido. Lo último que quiero es que la tía Elvira descubra mi secreto y me tome por loca—. Sólo lo he hecho una vez o dos, con el Koni.

—Pues mira dónde has acabado por tener tan malas compañías.

—Me voy a morir aquí encerrada, abuelo.

—No te quejes tanto y demuéstrales lo que vales. Además, podría ser peor. Elvira es una buenaza, ya lo verás. Ahora discúlpate por el espectáculo que has montado durante la merienda.

—Dios, abuelo, a veces me odio por ser como soy.

—Tampoco cargues tanto las tintas, Pizquita. Todos tenemos nuestro pronto —me dice el abuelo con su cálida voz espectral.

Y es que yo soy *médium*. Quizás no sea la palabra que mejor describa lo que me pasa, pero no encuentro otra. Desde hace unos meses, veo a mi abuelo. Todo comenzó con extraños sucesos paranormales en casa, objetos pequeños que cambiaban de lugar, sillas que se arrastraban o cristales que se rompían y, finalmente, una noche en la que me armé de valor y le hablé directamente, demostrando que creía en su existencia, apareció ante mí como

una nebulosa con forma humana. Las primeras veces, simplemente, me daba consejos sobre cómo comportarme en ciertas situaciones, con mis padres o con mis profesores o incluso algún que otro consejo amoroso, como, por ejemplo, qué hacer si el Koni se enrollaba con otra delante de mí. Más adelante, mi anónimo consejero del más allá desveló su rostro y descubrí, lo que había sospechado desde un primer momento, que se trataba de mi abuelo, fallecido cuando aún era muy pequeña. No lo recordaba y, por algún extraño motivo, no teníamos fotos de él en casa, pero una brecha de luz vino a mi mente, un torrente de recuerdos en canal, y vi sus ojos, su nariz, su boca, la forma en la que encendía su pipa y fumaba haciendo aros de humo en el aire. De cómo me cantaba antes de dormir, de cómo me llamaba «Pizquita» y yo pensaba que no había mejor persona en el mundo que él ni mejor lugar en el mundo que su regazo. Sí, soy una *médium*.

Haciendo caso al espíritu de mi abuelo, bajo de nuevo al salón, donde Elvira ya ha recogido el estropicio y permanece sentada, viendo la televisión. Cuando me ve llegar, me indica, dando un par de palmaditas en el sofá, que me siente junto a ella.

—¿Te encuentras mejor? —me pregunta.

—Sí —le respondo—. Lo siento.

—No, no tienes por qué disculparte. Es normal a tu edad.

—¿Es normal estar como una cabra?

Me río sin ganas, quizás debido a los nervios y a la manera en la que he lanzado la pregunta, como si se me hubiera escapado de entre los labios dando un triple salto mortal.

—Todas hemos tenido berrinches y eso no es de estar mal de la cabeza, así que no te castigues —me dice acariciándome el hombro. Yo me retiro un poco. —¿Sabes qué? Cuando el corazón pide a gritos enamorarse, lo hace a través de las lágrimas. Eso es lo que te pasa, ni más ni menos.

Me incomoda que la tía me hable de chicos. Ella es demasiado mayor como para entender de esas cosas, en sus tiempos sería diferente, todo más fácil. Seguro que si le cuento que el Koni se lió con Carla delante de mí cuando se suponía que estábamos juntos, o que me convenció para que fumara jaco con él, se llevaría las manos a la cabeza. Es más, me preguntaría por qué soy novia de un tío tan cabrón y yo no sabría qué responderle.

—¿Y el primo, dónde está?

La tía Elvira pierde el gesto que ha aprendido a controlar durante años y, por una milésima de segundo, deja de ser agradable para, después, volver a retomar la sonrisa.

—Uy, ese es un bala perdida. Va por libre.

No entiendo lo que quiere decir, pero lo dejo pasar. No me apetece seguir hablando con la tía, ya le he pedido perdón, es a lo que he bajado.

—Creo que voy a subir mis cosas —digo.

—Espera, que te ayudo.

—No, no te preocupes. Ya lo hago yo, en serio —intento convencerla con un tono de voz sereno, cuando lo que realmente quiero es decirle cuánto odio estar en su casa.

Subo al piso de arriba cargada con una maleta, una bolsa de deporte y una mochila. Apenas puedo con todo, pero no me apetece dar viajes. Las dejo tiradas en el suelo

de la habitación y pienso que ya las desharé algún día, por el momento no necesito nada de lo que en ellas ha metido mi madre.

—Si yo fuera tú, me iría a la cama pronto. Mañana será un duro día de trabajo —dice el abuelo, apareciendo de la nada. Ya no me sobresalta cuando lo hace, me he acostumbrado a él.

—No pienso trabajar en el campo, que lo sepas. ¿Me van a obligar acaso?

—Tú verás lo que haces, pero parece que no sabes que a los presos se les deja salir antes por buen comportamiento.

—Esto no es una cárcel, esto es mucho peor. Es la casa de una vieja que huele mal y está medio chocha.

—No hables así de Elvira, al fin y al cabo, es mi hermana.

—¿Sabes qué? Que ya podría haber sido ella la que se hubiera muerto y tú estuvieses vivo. En serio, no sería tan mal castigo venir a tu casa.

—Yo también te obligaría a trabajar en el campo.

—Ya —digo esbozando una sonrisa. No me creo al abuelo, él está de mi parte y nunca me obligaría a hacer nada que yo no quisiera hacer.

Miro por la ventana, está oscureciendo y siento que estoy en la casa del fin del mundo. No hay nada alrededor, sólo plantas altas como verjas de espino, fango, mugidos, relinchos, gruñidos y otros ruidos siniestros provenientes de los establos. Estoy en el infierno y la tía Elvira es mi cancerbero. Si quisiera huir, tendría que atravesar a pie bosques oscuros y carreteras solitarias antes de encontrar un coche al que pudiese parar. Y conociendo mi mala suerte, me recogería alguno de los jor-

naleros que trabajan para la tía. O un psicópata que me dejaría tirada en una cuneta con menos miembros de los que tenía al subir. El miedo me estremece, un escalofrío recorre mi espalda como un gélido dedo que en ella escribe mi nombre. Prefiero meterme bajo el edredón, bajo esas sábanas que huelen a cerrado, a viejo, a hace veinte o treinta años. Antes de quedarme dormida, el abuelo se acuesta junto a mí y canturrea una nana. Me acaricia el pelo y doy las gracias al cielo por haber recibido este don que me permite no estar sola.

A la mañana siguiente, la tía abuela Elvira me despierta muy temprano, antes de que haya amanecido, y me dice que me ponga en pie, me lave la cara y desayune, que me están esperando desde hace rato. Hundo la cara en la almohada hasta asfixiarme y pataleo cuando la tía me agarra de un brazo y tira de mí. Es fuerte para la edad que tiene.

—¡Te estás comportando como un bebé! ¿No te da vergüenza que tenga que levantarte así?

Grito entre sollozos que me deje en paz, que me quiero morir, y entonces una segunda voz, la de mi abuelo, me pide por favor que haga caso de lo que me dicen los mayores.

—No vuelvas a decir que te quieres morir —dice la tía abuela Elvira hincando sus largas y afiladas uñas en la blanda y pálida carne de mi antebrazo. Dejo escapar un aullido de dolor y la miro fijamente, asustada. Comprendo que lo dice por lo de su hija.

—Lo siento —digo en un susurro. La tía esboza una sonrisa melancólica y me besa en la mejilla.

—Vamos, el desayuno se enfría y necesitas comer antes de empezar la jornada.

Tras lavarme la cara, encuentro que, sobre la cama, ha dejado un mono de trabajo azul. Me lo pongo, parecido un marimacho. Cuando bajo a la cocina, en la mesa hay dos hombres bebiendo café y devorando pan moreno con ajo y aceite. El olor del ajo me da arcadas.

—Buenos días —murmuran los hombres sin levantar la vista de la mesa. Pienso que son unos maleducados. La tía abuela está calentando leche en un cazo de aluminio y la sirve en una taza grande.

—Esto es para ti. Aún estás en edad de crecer —dice dejándola sobre la mesa—. Y come pan, el ajo es bueno para todas las enfermedades.

Dudo que pueda curar la que a mí me aflige, pero prefiero guardarme ese pensamiento y me siento a la mesa. Los hombres visten el mismo tipo de mono que yo: el de los jornaleros. El más mayor tiene la barba blanca y de ella sobresale una verruga en la mejilla. De sus espesas cejas salen pelos largos y duros, como las antenas de un insecto. También tiene mechones de pelo en las orejas; me da asco, pero al mismo tiempo me parece un hecho hipnótico. Se da cuenta de que lo observo con atención, pero no dice nada. Es muy serio y reservado. Sé que no será fácil trabajar a su lado. El otro hombre es más joven y un poco guapo. Es rubio y tiene los ojos verdes, pero comienza a quedarse calvo y tiene un diente de oro que reluce mientras mastica con la boca abierta. Me fijo en el arito dorado de una de sus orejas y en el tatuaje a medio hacer de su cuello. Son apenas unas rayas sin sentido de color azul. Me pregunto qué pasaría, si quizás no pudo aguantar el dolor y le pidió al tatuador que parara.

—Nos vamos —dice el hombre mayor dejando su taza de café vacía sobre la mesa. Yo aún ni he comenzado mi

desayuno. Miro a la tía abuela esperando que ella sea la que diga que me han de esperar, pero no lo hace. Tras ella, aparece mi abuelo entre su habitual humareda y asiente con la cabeza. Me pongo en pie y sigo a los hombres que, sin ni siquiera despedirse de su jefa, salen por la puerta de la cocina a un patio. Lo recorremos en silencio. Hace viento y el pelo se me mete en los ojos. Debería habérmelo recogido en una coleta, pero no he caído en ello. Acelero el paso para ir al ritmo de mis compañeros. Salimos por la verja que da a los establos.

—Hoy vendrás conmigo —dice el más joven—. Fíjate bien en todo lo que hago porque mañana te tocará hacerlo a ti.

Pero, realmente, no me fijo en nada, aquello es un error, yo no debo estar en aquel lugar ni con aquellos hombres.

A la hora de la comida, la tía abuela ha preparado unas patatas con carne. Yo no como carne; ni patatas. Pero me dice que en esa casa no se hacen dos comidas, que todos vamos a comer lo mismo tengamos la religión que tengamos. No me importa, estoy acostumbrada a no comer, puedo controlar mi hambre.

Por la tarde, recorremos los naranjos. Hay cientos de ellos, están cargados. Vamos llenando cajas de fruta y las metemos en una furgoneta. Tengo curiosidad por preguntarle cómo es que se le quedó el tatuaje a medias, pero no tenemos confianza, apenas sé su nombre, Julio, y poco más. Conduce por un camino de tierra, hasta llegar a la carretera general donde una mujer de cara limpia y traje floreado nos recibe con una amplia sonrisa. Ella es la que atiende el puesto en el que dejamos las cajas llenas de enormes naranjas.

—¡Veo que traes ayuda! —dice la vendedora acercándose a nosotros. Me da dos besos y se presenta como Adela. Es la novia de Julio. Me doy cuenta de que está embarazada, pero ella aún no lo sabe. Es otro de mis dones: saber cosas que los demás ignoran.

—Ha venido a vivir con Elvira.

—Mi madre es su sobrina —rectifico.

Adela me coge de la mano y la aprieta.

—Bienvenida —dice con tono maternal a pesar de que no es lo suficiente mayor como para ser mi madre—. Espero que estés muy a gusto con nosotros. Ya sé que esto no es como la ciudad, pero ya verás como, en cuanto te acostumbres, no echarás de menos aquello.

Me da la impresión de que hasta los oídos de Adela han llegado rumores sobre mí. Que si estoy loca, que si me drogo, que si me intenté matar... Lo típico que si se dice fuera de contexto puede parecer una cosa, pero que, a la hora de la verdad, es otra muy distinta. Debería darle las gracias por ser tan amable conmigo, lo sé, pero no se las doy. Permanezco callada mirando su vientre y escuchando a la criatura germinar. Julio corta el silencio con un aporte bastante insignificante y típico sobre lo bien que me va a sentar el aire puro. Si me dieran veinte duros por cada vez que me lo han dicho en las últimas semanas, sería rica.

—¿Qué tal tu primer día de trabajo? Quizás sea demasiado duro para ti andar entre estiércol y animales.

No respondo.

—¿Qué te parece si le digo a Elvira que te vengas aquí conmigo al puesto? Me vendrá bien una ayudita ahora que el negocio se anima —continúa intentando convertirse en mi mejor amiga—. Es una crueldad que tengas

que trabajar con estos hombretones y no por el trabajo, sino por tener que aguantarlos.

Julio se hace el ofendido y, tras unos segundos de teatro, ambos estallan en carcajadas, se dan un abrazo y un beso fugaz en los labios.

No me parece mal la propuesta.

—Si no te importa.

—Claro que no me importa, y aquí estarás mucho mejor, dónde va a parar. Eso sí, currar hay que currar, ¿eh?

Esbozo con un poco de esfuerzo un amago de sonrisa. No quiero ser su amiga, pero, si puedo ahorrarme el ma-
drugar y limpiar los establos, sonreiré todo lo que haga falta. La dejamos atendiendo a una familia que acaba de llegar en un todoterreno y subimos de nuevo a la furgoneta, de regreso a la casa de la tía abuela.

Al final, mi primer día en el campo no ha sido tan desastroso, pero el vértigo que me sobreviene al pensar que aún quedan trescientas sesenta y cuatro jornadas alejadas de mi vida, de la realidad, es tan sólo comparable al que algunas noches siento a oscuras con los pies helados y la frente ardiendo.

Existen dos tipos de personas en el mundo: las que se han echado a perder y las que aún tienen posibilidades de alcanzar la felicidad. Obviamente, yo pertenezco al primer grupo. Cuando conozco a alguna del segundo, me siento acomplejada; siento tristeza y rabia; y envidia; y me alejo y rompo cosas; me siento maldita y señalada. Por eso no me acerco cuando veo por primera vez a ese chico rubio, de tez pálida, mirando fijamente la punta de sus zapatos marrones, deslumbrándome con sus pantaloncitos blancos de lino, con su torso desnudo y níveo como un paisaje lunar; porque sé que él aún no ha tirado

por la borda su vida. Aparto la mirada, hago como que me interesan las naranjas que desde hace un par de horas nadie compra. Los rayos de sol son afilados y se clavan en mi cabeza a pesar de que, siguiendo los consejos de la tía abuela, me he puesto una gorra del Mundial del '82. Cuando vuelvo a mirar, el chico se ha ido.

—¿Quién era ese? —le pregunto a Adela.

—¿Quién?

Parece aturdida, no le está haciendo bien trabajar en su estado. El calor la atonta y le hincha los pies. Se descalza y un tufo agrio hace que deje de hablarle y aguante la respiración mientras pasa de largo. Por unos momentos me planteo que el chico sea un fantasma, que mi don esté poniéndome en contacto con nuevos espíritus que necesiten de mi ayuda. Quiero preguntarle al abuelo, pero el abuelo decide no hacer acto de presencia aquel día. A veces pasa, se toma sus vacaciones para hacer no sé muy bien el qué en el más allá.

—¿Qué hay al otro lado de la carretera?

Adela se masajea los pies mientras responde.

—La finca de la señora Albatros.

Me aburro. Daría lo que fuera por hablar con mis amigas. Laura y Silvia pensarán a estas alturas que he muerto.

—¿Tienes teléfono en casa?

Adela deja sus pies por un momento y me habla mirándome a la cara.

—Sí, sí que tengo.

—¿Podría ir alguna tarde de estas? Para llamar a mi mejor amiga y eso... Es como mi hermana.

—Sabes que no.

¡Mierda! Me pongo en pie y tiro de una patada la caja

de naranjas, que salen rodando por la hierba hasta llegar al arcén. Aprieto los puños. Sería muy fácil pegarle. Es débil. Lenta de reflejos. Está gorda. Adela instintivamente, pues aún no sabe qué se cuece en su interior, se cubre el vientre con las manos, pero no pierde un ápice de seriedad en su mirada.

—Patalea todo lo que quieras. Así sólo demuestras tu inmadurez.

¿Qué diablos? ¿Desde cuándo Adela habla como una psiquiatra? Mamá me prometió que, si me quedaba con la tía abuela, no tendría que volver al loquero. ¿Es una infiltrada? ¿Es Adela una psiquiatra infiltrada? La ira me invade y no lo puedo evitar. No lo puedo evitar. La golpeo en la cara y cuando oigo un crujir de huesos y ella abre los ojos como si intentara atrapar toda la luz del mundo con sus pupilas, me asusto. Me asusto y lloro. Caigo de rodillas y lloro y golpeo el suelo hasta que los nudillos me sangran y me escuecen y me duelen. Tiene que venir Julio a recogerme. He echado a perder el día.

Me siento sola. Paro la cinta y tiro el walkman al suelo. Me gusta cómo canta John Travolta, pero Olivia Newton-John me parece una idiota. El reloj de la pared hace mucho ruido. Quiero dormir, pero no puedo porque me odio. Odiarse a una misma molesta más que el incesante tic-tac. Un pellizco me oprime el corazón, tengo mucho miedo. Esa es la palabra... Miedo. Me pregunto si existe la forma de vencer este sentimiento y no obtengo respuesta alguna, mi mente se ha montado en una montaña rusa, va demasiado deprisa, pienso demasiado rápido. En cualquier momento puedo descarrilar. Lllaman a la puerta. No contesto. Son tres tímidos golpes. Al otro lado, la tía abuela me pregunta si puede pasar, pero no contesto. Que piense que me he quedado dormida. No quiero ver

a nadie porque acompañada me siento aún peor persona, culpable, sucia, salvaje y loca, completamente loca.

El hambre hace que me rinda y salga de la habitación un par de horas después que, perfectamente, pueden ser quince minutos o tres días. Intento que mis pasos no suenen, que mis pies apenas acaricien el suelo, ser de algodón. La casa permanece tranquila, no hay nadie en el salón ni en la cocina, no se escucha ningún ruido, tan sólo mi pausada respiración; comienza a agitarse a medida de que la idea de que me han abandonado se hace más y más real. La tía abuela no está. Debería alegrarme el hecho de que haya decidido dejarme tranquila, pero no puedo evitar ponerme triste. En el fondo quiero que me moleste, que me convenza de que hay una salvación, una posibilidad. Pero ha tirado la toalla, me ha dado en toda la cara con la respuesta a la que más miedo tengo: que ya no hay nada que hacer conmigo, que me las apañe sola, que termine de tirar mi vida por la borda porque nadie, ni siquiera ella, que ayuda a todo el mundo, me va a ayudar. Abro la nevera y cojo un par de yogures de macedonia que mezclo en un bol con una gran cucharada de mermelada de fresa y cinco o seis galletas María. Devoro la mezcla con ansia y, dejando el bol y la cuchara en el fregadero, salgo por la puerta trasera, caminando sin rumbo con una borrasca palpitando en mi entrecejo. Cuando me encuentran, estoy llorando muy lejos de allí, más allá de la carretera, tirada entre naranjos. Tengo la cara llena de tierra, lágrimas y sal. El cielo se aclara, la luz comienza a iluminar y me doy cuenta de que la mano que tengo sobre mi hombro es la del chico rubio en pantaloncitos de lino. No dice nada, no hace preguntas; ni siquiera me mira. Sujeta con la otra mano un libro de tapas azules.

—¿Qué libro es? —pregunto tras un leve carraspeo para recuperar la voz.

El chico parece un poco ido, pero buena persona, nada que ver con los de la ciudad. Aún sin dirigirme la mirada me responde.

—La Biblia.

Acto seguido, retira la mano de mi hombro y hojea la Biblia con avidez mientras mantiene los ojos cerrados. Cuando los abre, deja de pasar las páginas y lee.

—«Tienen toda la cabeza dolorida, el corazón entero apenado. Desde la planta de los pies a la cabeza no les queda nada sano; sólo heridas, golpes, llagas vivas que no han sido envueltas ni vendadas ni aliviadas con aceite. Su país es una soledad con ciudades hechas cenizas». Isaías: Capítulo 1, versículo quinto.

Me pongo de pie y le quito el libro.

—Déjame que mire —le digo. Me siento insultada por aquella estúpida Biblia, es como si estuviera hablando de mí, de lo que siento, de mis heridas, mis golpes, mis llagas; así que la tiro, con fuerza, bien lejos.

—Menuda mierda —añado a mi gesto por si no le ha quedado claro que a mí no me asusta nada ni nadie. Él corre tras su libro, da largas zancadas y me río de lo ridículo que es. Decido volver a casa a darme un buen baño y ver si la tía abuela ya ha regresado y ha preparado algo de comer. Mientras me alejo, el chico me pregunta cómo me llamo.

—¡Arcadia! —le grito.

—¡Eso no es un nombre! —me dice él.

—¡Sí que lo es! ¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

—¡Uriel!

—Y eso ¿sí es un nombre? ¿Qué te lo pusieron, por el detergente?

Sigo mi camino, no quiero saber nada más de ese niño. Me ha visto mal, me ha visto perdida, y yo no necesito su ayuda ni que me acaricie el hombro.

La tía abuela Elvira está tendiendo la ropa en el patio. Huele a suavizante y me abrumba ese olor tan agradable frente a mi aspecto deplorable. Es algo parecido a mirar la luz del sol directamente cuando acostumbras a vivir de noche, te hace daño. La tía abuela me ve y sin dejar su tarea, me habla.

—Date un baño y baja a ayudarme con la cena.

Entro en la casa haciéndome pasar por un fantasma y sin apenas hacer ruido subo al cuarto de baño. Me desnudo ante el espejo y una ráfaga de realidad me azota en la cara. ¿Quién soy? ¿Dónde estoy? ¿Qué me ha traído a este instante, a este lugar, a este cuerpo flacucho, a este mundo? ¿Por qué no soy un insecto o un ratón o una planta? ¿Por qué yo? ¿Por qué yo soy yo? Maldigo el Big Bang. Ese momento en el que unas partículas despistadas estallaron como fuegos artificiales y se convirtieron en partículas elementales. Maldigo el hidrógeno, el helio, las estrellas, la vida, el Sol y la Tierra. Miro las cicatrices de mis muñecas. Si quisiera, podría hacerlo de nuevo y esta vez lo haría bien.

«Su país es una soledad con ciudades hechas cenizas», recuerdo las palabras de mi extraño vecino. Necesito volver a verlo. Sé que con esa Biblia puede leer el futuro como una pitonisa que echa las cartas. Necesito que me lea el futuro, que me asegure que todo va a ir bien.

El rostro de mi abuelo aparece junto a mi reflejo. Sonrío.

—Te he echado de menos.

Sé que, aunque le pregunte, no me va a contar dónde se meten los espíritus cuando no están pululando entre

los vivos, que eso es un secreto que todo mortal ha de descubrir en el momento adecuado, no antes.

—Pizquita, tienes que pedirle perdón a Adela. Lo que hiciste estuvo muy mal —me dice.

—Es idiota, me provocó.

Entro en la bañera. Abro el grifo del agua caliente hasta que me quema los pies. He de lavarme la cara. He de limpiar la tierra. La suciedad. La sangre. Cuando termino, parezco una chica nueva, incluso parezco más guapa, más delgada. Sonrío y bajo de mejor humor.

—Elvira, me gustaría hablar con Adela sobre lo que pasó. En serio, a veces no sé qué me pasa. Se me va la cabeza, no soy yo.

En esta ocasión, no me dice que es normal tener berrinches. Sé qué está pensando, que tengo el mismo pronto que su hijo. Yo no quiero acabar así.

—¿Lo ves a menudo?

—¿A quién? —me pregunta con media sonrisa temerosa.

—Al primo. Me da miedo acabar como él.

—No, tú no acabarás así, no te preocupes. No te vayas a comer la cabeza pensando que eso es algo hereditario.

—¿Y si lo es?

—Déjate de tonterías y lava un par de tomates. Te gusta el tomate, ¿no?

—No mucho.

—Pues vas a tener que ir aprendiendo a comer de todo. Venga, que es para hoy.

Mientras lavo los tomates, vuelvo a pensar en Uriel. Me pregunto dónde vivirá, quién será, qué provoca que crea en Dios si es que cree en Dios.

Por la noche, cuento ovejas. Es un método infantil para conciliar el sueño, pero a mí me funciona.

Interludio sobre el abuelo Eusebio

Puede que se ganara la simpatía de sus compañeros el día que sacó un conejo de la chistera. Tras semanas a base de gachas por fin comieron carne y, aunque sea un hecho sin la mayor importancia, en tiempos de guerra, al igual que se magnifica el odio se magnifica la gratitud. Eusebio dejó de ser el flacucho bueno para nada, que a veces hablaba en sueños, para convertirse en el mago del regimiento. Sus trucos templaron las gélidas tardes y sacaron sonrisas incluso de alguno que tenía fama de haber participado en más de una ejecución. Eusebio fue eximido de la mayor parte de sus tareas con la condición de que practicara a diario su magia y la perfeccionara así, cuando los visitara el Caudillo, se quedaría impresionado con sus habilidades. De manera que sus horas eran un repetir y repetir los mismos movimientos de aros, pañuelos, cartas y palomas hasta el punto en que sus manos fuesen más rápidas que el ojo humano. Las cartas a Rosalía comenzaron a dar vueltas alrededor de un único tema y los suspiros de la joven se convirtieron en suspiros de paciente novia y nunca más fueron los de locamente enamorada, que correspondían a una chica de su edad. Desde la otra punta del país, los sentimientos de Eusebio igualmente se templaron y, para cuando terminó el servicio militar, ya apenas quedaba entre ellos sino recuerdos de tardes paseando por la Calle Real, y sueños de un futuro juntos frente al mar.